

Tales eran las disposiciones de los jueces y del espíritu público en París y Rouen, cuando el obispo hizo comparecer á la acusada delante de él el 21 de febrero. Perseguida por sus enemigos, parecía hasta olvidada de sus amigos. Carlos VII, victorioso y desdenoso hacia aquella que le habia hecho vencer, trataba ya con el duque de Borgoña, y ni siquiera se dispuso á hacer una tentativa eficaz para rescatar á la que iba á morir por él.

El obispo, temiendo que la acusada fuese sustraída un solo momento á la custodia de los ingleses, y arrebatada por alguna emocion patriótica del pueblo, instruyó el proceso en el castillo de Rouen, mandado por Warwick, capitán de las guardias del rey Enrique VI de Inglaterra; en la capilla de este castillo apareció Juana delante de él, encadenada, pero siempre ciniendo su traje de guerra. El vicario del inquisidor general, conmovido de no se sabe qué escrupulo ó qué compasion por la víctima, parece que contuvo mas que escitó la feroz adhesion del obispo, y dió al proceso algunas formas de imparcialidad y templanza. La Iglesia juzgaba entonces, y no castigaba con su propia mano. Satisfecha con juzgar la heregia ó el sacrilegio por medio de su juicio, dejaba á los poderes civiles el odioso y el impopular encargo de la ejecucion. La Inquisicion en esta causa manifestó menos deseos de condenar á Juana de Arco que de juzgarla; esto era un verdadero poder romano; Juana, en efecto, no habia ofendido mas que á los ingleses, cuyo ministro era el obispo de Beauvais.

El obispo habló á la acusada con mansedumbre, como queriendo atestiguar la imparcialidad ó una compasion, que diesen despues mas autoridad á la sentencia. Juana se quejó en un principio dulcemente del peso y la cruel presión de los anillos de hierro que herian sus miembros, y el obispo la dijo, que aquellos hierros eran una precaucion que se habia visto precisado á tomar, para prevenir sus reiteradas tentativas de evasion. La prisionera confesó que cuando comenzó su cautiverio habia deseado, nada mas que deseado, fugarse; pero que en esto no cabia deslealtad ni crimen, pues á nadie habia confiado este pensamiento de evasion. El proceso no dice si la despojaron de sus cadenas.

Despues de este episodio la leyeron el acta de acusacion, menos politica que religiosa, en la cual aparecia acusada de crímenes contra la fé, de heregias y de sortilegios. Habiéndole preguntado despues la edad que tenia, respondió que diez y nueve años aproximadamente. Sobre su creencia, contestó que su madre la habia enseñado el *Padre nuestro*,

el *Ave María* y el *Credo*, los tres rezos y la profesion de fé de los fieles, y que nadie mas que su madre la habia enseñado nada acerca de la religion. La mandaron pronunciar en voz alta todos estos rezos y el acto de fé de su infancia; temió aparentemente cometer, recitándolos en latin delante de los doctores, alguna omision ó algun error, por cuyo motivo encontrasen un pretesto de heregia.

—Los recitaré con mucho gusto, dijo, con tal que monseñor el obispo de Beauvais, aquí presente, consienta en oirme en confesion.

Ella no creia indudablemente poder vencer mejor al juez de la sinceridad de la ortodoxia de su fé, que abriendo su alma á un sacerdote. La corte, el largo cautiverio, el amor á la vida en una edad tan tierna inspiraban á Juana la habilidad ingénua y la prudencia instintiva de su situacion.

Despues la volvieron á cargar de hierro y la encerraron en un calabozo.

Al otro dia la obligaron á que jurase decir verdad en todo cuanto la fuera preguntado. Ella reservó las cosas que no pertenecian á ella sola, sino á Dios y al rey. «Diré unas cosas, y otras omitiré,» respondió.

No pudieron reconvenirla sobre el particular, y prosiguieron adelante.

—¿Os han enseñado algun oficio? le preguntaron.

—Sí, respondió Juana; mi madre me enseñó á coser, y he aprendido tan bien como la mejor en el pueblo.

Confesó que una vez habia abandonado furtivamente la casa de sus padres; pero que habia sido por temor á los bandos de borgoñones que andaban errantes por el pais; que una muger llamada Rosa la habia llevado á la aldea de Neufchatel; que habia vivido unos cuantos dias con esta familia; que durante este tiempo habia desempeñado allí el modesto cargo de sirvienta de la casa; pero que no iba nunca á los campos ni á los bosques á guardar los rebaños.

Confesó que desde la edad de trece años habia oido voces, y que habia sido deslumbrada con luces estrañas en el huerto de su madre, hacia el lado de la iglesia; que estas voces no la habian dado mas que juiciosos consejos; que estas voces la habian mandado obstinadamente que partiera á Francia é hiciera levantar el sitio de Orleans; que ella habia resistido, pero que despues de largos combates obtuvo de su tio que la llevara á Vaucouleurs, donde el señor de Baudricourt la dijo, dejándola partir para Chinon: «Marcha y suceda lo que Dios quiera.»

Refirió sin vanidad, lo mismo que sin temor, su presentacion al delfin, y el instinto que tuvo de reconocerle entre todos los que le acompañaban.

La preguntaron lo que habia dicho secretamente al delfin, y no se negó á dar esplicaciones sobre el particular, temerosa de reve-

ar escrupulos del rey sobre la legitimidad de su nacimiento.

Interrogada sobre si habia visto algun signo divino ó algun espíritu celeste en derredor de la frente del delfin, «Evitadme responder pado de esos dijo, y volvió á entrar en el calabozo. Ya era de noche.

El obispo, en la apertura del tercer interrogatorio la amonestó nuevamente para que dijese la verdad acerca de todas las cosas que se la preguntaran, hasta de los asuntos del Estado, de los cuales seria interrogada.

—Monseñor, dijo Juana, reflexionad bien que sois mi juez y que desempeñais un elevado cargo delante de Dios... Ved que me preguntais mucho.

Inocente delante de la Iglesia, sentia que seria infaliblemente culpable delante de los enemigos del rey, y evitando las preguntas que decian relacion con la politica evitaba la muerte. El obispo lo sabia tan bien como ella, y la obligó en vano á caer en la red que la tendia.

—No, dijo Juana; diré la verdad, pero no lo diré todo.

Hizo restricciones á su juramento para hacer restricciones al inminente peligro que corría.

Volvieron á empezar el interrogatorio con la intencion de sacar de la jóven confesiones acerca de sortilegio.

—¿Escuchais todavia vuestra voz interior?

—Sí.

—¿Cuándo la habeis oido la última vez?

—Ayer, y aun hoy mismo.

—¿Qué haciais cuando os habló la voz?

—Dormia y ella me despertó.

—¿Os pusisteis de rodillas para responderla?

—No; la di gracias solamente, sentándome en el lecho, y la rogué que me consolara y me asistiera en mi desgracia.

—¿Os dijo la voz que os salvariais del peligro en que os encontrais?

—A eso no sé qué responder.

Las preguntas del obispo le asediaron mas todavia, y ella repitió de nuevo que corría gran peligro su alma, mostrándose á la vez su juez y su enemigo.

—Los niños, añadió, dicen que ahorcan á menudo á los inocentes por haber dicho la verdad.

—¿Vos os creéis en estado de merecer la gracia de Dios? la preguntó el obispo.

Ella reflexionó un poco de tiempo, y en seguida respondió como muger, atenta á la vez á Dios y á los hombres, no queriendo ofender al uno ni escandalizar á los otros:

—Si yo no lo estoy, quiera el Señor favorecerme, y si lo estoy le ruego que me mantenga en su divina gracia.

Esta sensata respuesta desconcertó á los acusadores, y estos dirigieron el interrogatorio hacia la parte politica.

—¿Los habitantes de Domremy, la preguntaron, estaban por los borgoñones ó por los armagnacs?

—Yo no conocia mas que á un hombre del partido de los borgoñones.

Era su compadre, padrino de un niño, del cual ella era madrina, y á quien dijo una vez: «Si no fuérais del partido de los borgoñones os diria gustosamente una cosa.» Pero la diferencia de opinion la cerró la boca y el corazon respecto á las visiones que queria revelar á este hombre.

—¿Bais vos con los niños de la aldea que se dividian jugando en franceses é ingleses para combatirse?

—Yo no me acuerdo haber jugado con ellos; pero los he visto algunas veces volver ensangrentados de estas batallas.

—¿Habeis tenido en vuestra primera juventud aborrecimiento á los borgoñones?

—Yo no deseaba mas que el delfin ocupase su monarquia.

La despidieron hasta el dia siguiente.

Juana apareció de nuevo el 27 de febrero, y era tal su angustia, que turbaba el pensamiento de sus mismos jueces.

—¿Cómo, la preguntó uno de los asesores, os encontrais desde el sábado?

—Mejor de lo que yo creia, respondió Juana.

—¿Habeis observado los preceptos del ayuno?

—¿Pertenece al proceso esa pregunta? dijo Juana admirada.

Y como la dijieran que sí:

—Sí, contestó, siempre he ayunado los dias de abstinencia.

Volvieron á sus apariciones para inferir por ellas alguna magia. Refirió con el mismo candor que otras veces las visitas de San Miguel, de Santa Margarita, de Santa Catalina, nombres que ella habia dado en su infancia á todas aquellas desconocidas visitas. Y como insistiesen en saber por su boca todo lo que le inspiraban estos espíritus de distintas clases y formas

—Hay, dijo severamente, revelaciones que tienen relacion con el rey de Francia y no con los que me interrogan.

—¿Estos espíritus venian desnudos cuando os visitaban? le preguntaron.

—El rey de los cielos, replicó, los viste á todos ellos con su propia luz.

—¿Queréis decirnos el signo que disteis al delfin para hacerle conocer que veniais de parte de Dios?

—Ya os he dicho que todo lo que se refiera al rey no lo diré jamás; preguntádselo á él mismo.

Al siguiente dia la preguntaron si sus revelaciones la habian predicho que se libertaria de la muerte.

—Eso no corresponde al proceso, respondió; ¿queréis pues, que yo hable contra mí? Yo confío en Dios, hágase su voluntad.

—¿No pedisteis vestidos de hombre á la reina cuando fuisteis presentada á ella?

—Eso es verdad.

—¿No os invitaron nunca á que os desprendiérais de los vestidos de hombre para volver á tomar el traje de muger?

—Sí; y yo respondí siempre que no cambiaria de traje hasta que Dios me lo mandara. La hija del señor de Luxembourg, que rogaba á su padre que no me entregase á los ingleses, me lo suplicó, lo mismo que la señora de Beaurevoir cuando yo estaba prisionera en su castillo. Ellas me ofrecieron trajes de muger ó tela para hacerlos. Yo respondí que aun no me habia despedido de Dios, y que no habia llegado todavía el tiempo de verificarlo; y si yo hubiese creído poderlo hacer inocentemente, hubiera mas bien complacido á estas amables señoras que á ninguna otra de Francia, excepto á la reina.

Se comprendia que las consideraciones y la compasion de las señoras de la casa de Luxembourg habian despertado en Juana un reconocimiento que se complacia en atestiguar aun en presencia de la muerte.

—¿No habeis consentido que hagan imágenes á vuestra semejanza? ¿No oran y rezaban en los campos y en las ciudades, invocando vuestro nombre?

—Si los que defienden nuestra causa han rezado en mi nombre, yo lo ignoro, y lo han hecho sin mi consentimiento. Si han rezado por mí, en ello no encuentro mal. Muchas gentes, es cierto, que me veian con alegría, y se apresuraban á rodearme, besaban mi ropa, mis armas, mi estandarte y lo que podian alcanzar que fuera mio; pero era porque los pobres se acercaban con confianza y porque veian que yo no los rechazaba, sino al contrario, veian que los aliviaba y los preservaba tanto como yo podia de los males de la guerra. Las mugeres y las niñas tocaban sus anillos al anillo de mi dedo, mas yo no conocia en ellas ninguna mala intencion. Mientras que estuve en Reims, en Chateau-Thierry, en Lagny, es verdad que muchas personas me requerian para que fuese madrina de sus hijos, y yo consentí en ello; pero jamás hice milagros. El niño que me rogaron tuviese en Lagny tenia tres dias; las jóvenes le llevaron á Nuestra Señora para rogar allí le concediera la vida, y yo fui con ellas á rezar al pie del altar. Finalmente, el niño dió señales de vida, movió los labios y fué bautizado; poco despues murió.

—¿El rey no os dió escudo, armas y dinero para su servicio?

—Yo no tuve ni escudo, ni armas; pero el rey dió ambas cosas á mis hermanos. En cuanto á mí no obtuve de él mas caballos que los de batalla y siete de camino, y el dinero para pagar á mis huéspedes.

Volvieron á hablar acerca del signo que habia dado al delfín y la pidieron que le describiera; pero Juana, dando á sus ideas un do-

ble sentido y aludiendo á este signo, que no era otro mas que el reino de Francia,

—Ninguno, dijo, podrá describir su riqueza.

En cuanto á vos, añadió con un desden que atestiguaba la libertad de su espíritu, el signo que necesitais es que Dios me liberte de vuestras manos, y es el mas brillante que os puede enviar.

Confesó en las siguientes comparencias que su padre habia tenido un sueño cuando ella era niña, en cuyo sueño habia visto con terror á su hija Juana guerreado contra muchos guerreros. Tornaron á decirle que hablase de sus revelaciones; mas ella cortó con una palabra los lazos, y respondió que todo el bien que habia hecho fué solo por sus propias insipitaciones.

La preguntaron si tenia algun signo mágico en un anillo que llevaba en su dedo, y por qué miraba con cierta piedad este anillo en el momento de los combates. Respondió que porque estaba grabado en él el nombre de Jesus y porque este anillo la recordaba con gozo á su padre y á su madre, de quienes procedia.

—¿Por qué, la preguntaron, hicisteis llevar vuestro estandarte á la catedral de Reims á la consagracion del rey?

—Habia padecido; justo era llevarle en triunfo.

Interrogada primero en su sencillez y despues en su patriotismo, quedaba interrogada su conciencia. La tentacion en este punto estaba segura de vencer. La universidad, la Inquisicion, el poder episcopal, representado por el obispo de Noyón, eran del partido de la monarquia inglesa, de los borgoñones y de los parisienses. Contrarestar la obediencia á este partido les parecia renunciar á la iglesia. La dicen que reconozca en todo la autoridad de esta Iglesia, y Juana no puede consentir en renegar de su causa politica, ni en rehusar su consentimiento sin declararse rebelde á la fé. «Me pongo en manos de mi juez» respondió con sublime inspiracion, y logró confundir á sus jueces; no se aparta de esta respuesta, que repite siete veces en los mismos términos á todos los ardides de la acusacion.

—En fin, dijeron con impaciencia, ¿quereis ó no someteros al papa?

—Llevadme á su presencia, respondió Juana, y le contestaré lo mismo.

En lo restante del dia no dijo mas. Atormentada en su propia conciencia, confiesa su angustia en aquella oracion que dirige al cielo para que la libre de sus enemigos:

«Padre y Señor de mi vida, dijo á Dios, os ruego, por vuestra Pasion, que si me amais me reveleis lo que debo responder á estas gentes de la Iglesia. Sé muy bien en cuanto á la vida lo que debo hacer; pero en cuanto á lo demas necesito un guía que me proteja.»

Sus angustias, mas terribles que los hierros de su calabozo y que la presencia de la

muerte, la produjeron una enfermedad que interrumpió los interrogatorios publicos.

Pero el obispo y sus asesores fueron á mortificarla hasta el pie del pilar, donde languidecia encadenada, enferma y falta de espíritu. La preguntaron si se sometia de corazon á un concilio; mas ella ignoraba lo que era un concilio; la dijeron que era una reunion general de la Iglesia, y entonces contestó que se sometia á ella, cuya profesion de obediencia la salvaba. El tabelion, presente allí, lo escribió, y el obispo se apercibió de ello, pero queriendo á todo trance entregar á Juana á los partidos, de los cuales era el órgano principal: «Callaos en nombre de Dios,» exclamó al doctor que habia dirigido la pregunta y obtenido la respuesta.

Despues, volviéndose hácia el tabelion, le prohibió que escribiese todo cuanto pudiera contribuir á absolver á la acusada. «¡Ay!» exclamó Juana mirando compasivamente al obispo, vos mandais escribir todo lo que puede perjudicarme y no quereis que escriban lo que puede salvarme.»

Warwick, informado por el obispo de lo ocurrido, habiendo encontrado aquella misma noche al doctor inhábil ó misericordioso, le apostrofó encolerizado y le acusó de complicidad con la acusada, y le amenazó con arrojarle al Sena si proseguian el mismo género de conducta. Los doctores, amedrentados, se salvaron pasando á Rouen, y la prision de Juana se cerró á todo el mundo menos á Couhon.

La sed que tenian por verla en el suplicio era tan grande y tan ardiente, que el partido inglés temia que la enfermedad la libertase de caer en manos de los verdugos. «Por nada del mundo, decia el guarda de la torre, desearia el rey que Juana muriese de muerte natural, la ha comprado muy cara para querer que sea quemada: ¡qué la curen lo mas pronto posible!»

El obispo, sin embargo, se introdujo de nuevo en la prision y la manifestó el peligro de su alma, si moria sin adoptar el sentimiento de la Iglesia.

—Me parece, respondió Juana, que en vista de la enfermedad que tengo, estoy en peligro de muerte; si debe ser así, cumplase la voluntad del Señor. Solamente desearia confesarme de mis pecados.

La preguntaron si era preciso hacer rogativas ó sacar una procesion para obtener su cura.

—Sí, respondió, yo quisiera que las buenas almas rogasen por mí.

Reprodujeron la acusacion de suicidio que se la habia imputado, con motivo de una tentativa desesperada de evasion, que hizo durante su primer cautiverio en el castillo de Beaurevoir. Juana confesó que el horror de sentirse cautiva y desarmada, mientras que su rey y los franceses combatian y derramaban su sangre, habia estraviado su razon, que se

habia precipitado desde lo mas alto del foso á riesgo de perder allí la vida; que habiéndose desmayado, luego volvió en sí, y que al recobrar sus sentidos, conoció su falta, y pidió por ello pardon á Dios.

Su juventud la salvó de una muerte, para experimentar otra; renacian sus fuerzas; las injurias, los ultrages, la alegría y los cantos de sus carceleros la anunciaban el juicio próximo y una condenacion cierta. Tres soldados dormian constantemente en su aposento, los cuales decian en voz alta que eran los encargados de encender y avivar la lumbre de la hoguera destinada para su suplicio; pero la pobre Juana temblaba secretamente á vista de estos ultrages premeditados dentro del mismo calabozo. Juana guardaba con extraordinaria vigilancia su vestido de hombre de guerra, para resguardar hasta la muerte su castidad de los complots nocturnos de sus guardianes. El obispo decia que era un crimen conservar este traje que recordaba sus hazañas, y en premio de este cambio de vestimenta, la concedia el permiso que solicitaba de rezar al menos con los fieles, y de asistir al sacrificio de la misa. Juana consintió en ello, á condicion de que el vestido de muger que se pusiera, fuese semejante al de las jóvenes pudorosas de Rouen: una especie de túnica larga y sujeta á la cintura, cuyos pliegues la envolvieran con decencia y evitaran los ultrages de los hombres profanos y atrevidos.

Durante la Semana Santa y el dia de la Resurreccion del Crucificado, en que toda la cristiandad se asociaba á la agonía del Hombre-Dios y á la alegría de su redencion, Juana sintió mas dolorosamente su soledad y su separacion del rebaño de las almas. El sonido de las campanas de Pascua resonó en su corazon como una ironia que contrastaba con su aislamiento y su tristeza.

No obstante, la universidad de Paris, consultada acerca del proceso verbal de los interrogatorios, la declaró poseida de Satanás, impta hácia su familia y fuera de la masa común de los fieles.

Los Legistas, consultados de la misma manera, declararon su culpabilidad en caso en que Juana se obstinara en sus errores.

El inquisidor y el obispo de Beauvais, intimidados en los últimos momentos por el clamor popular, que comenzaba á compadecerse de la inocente, parecian calmarse y contentarse con la condena del arrepentimiento y la prision en lugar de la muerte. Hicieron la última tentativa para obtener una apariencia de denegacion en la victima, pensando de este modo satisfacer á un tiempo al pueblo, que reclamaba indulgencia, y á los ingleses que pedian el castigo.

Sacaron á Juana, enferma y débil, de las tinieblas de su prision, donde languidecia hácia cuatro meses, para atormentarla en público. Erigieron dos cadalsos en el cementerio

de Saint-Ouen, detrás de la basílica de este nombre. El cardenal de Winchester representaba el poder real de los ingleses en Francia, Gauchon representaba el servilismo ambicioso vendiendo á su país por títulos y honores; los jueces, el clero, los doctores, los asesores, los predicadores de la universidad representaban la legalidad al servicio de la fuerza; estaban sentados sobre el cadalso.

Juana, encadenada de pies y manos, sujeta á un poste por la cintura, rodeada de notarios, prontos á escribir lo que dijera, y de ministros del tormento armados de sus instrumentos de dolor, prontos á arrancarla las debilidades ó gritos de la naturaleza, y el verdugo con su carreta á la vista, pronto á llevarse su cadáver mutilado, estaban en frente del otro tablado.

Un pueblo inmenso, supersticioso, admirado de aquellos aparatos, indeciso entre el respeto á las autoridades civiles y religiosas, el temor del extranjero, el horror de la supuesta herejía y la piedad hacia la jóven, cuya belleza se hacia mas interesante á la sombra de la muerte, temblaba en la plaza y en las casas. Un predicador célebre en aquel tiempo, Guillermo Erard, apostrofaba á Juana de Arco, y se esforzaba en traerla á una retractación de sus errores y á la sumisión completa de lo que decidiera la Iglesia acerca del derecho de los dos competidores.

¡Oh noble casa de Francia! exclamó, creyendo esforzar así sus argumentos por una invocación patética á la raza de los Valois; ¡oh noble casa de Francia, que fué siempre protectora de la fé! ¿cómo es que te has pervertido hasta el extremo de unirte á una herejía cismática? Si, á ti, Juana, es á quien hablo, añadió lanzándola una mirada, á ti es á quien digo que tu rey es cismático y hereje.

Juana, que hasta entonces habia escuchado en silencio y con humildad las injurias que solo hacían relación á su persona, no pudo soportar que se ultrajara á su delin.

—A fé mia, señor, exclamó interrumpiendo al predicador, juro que es el cristiano mas noble de todos los cristianos, el que mas ama la fé y la Iglesia, y que no es cierto lo que decís.

—Hacedla callar, gritó el obispo de Beauvais. Los ugieres la impusieron silencio.

Entonces el obispo la leyó un modelo de retractación, exhortándola á que se conformase con él.

—Quiero someterme al papa, dijo Juana.

—El papa está muy lejos, dijo el obispo.

—Pues bien, ¡que sea quemada! gritó el predicador.

Los ugieres, el verdugo, el pueblo que la rodeaba, la rogaban que firmase un acto de sumisión á la Iglesia, que no era mas que una retractación de sus ignorancias ante Dios, sin perjudicar en lo mas mínimo á su causa y á sus sentimientos ante los hombres.

—Pues bien, firmaré, dijo ella.

A estas palabras se oyó en la muchedumbre un gran clamor de consuelo. El obispo de Beauvais preguntó á Winchester qué debia hacer.

—Es preciso, dijo el inglés, admitirla á la penitencia.

Era lo mismo que concederle la vida. En tanto que los cortesanos de Winchester se quejaban del obispo de Beauvais en el tablado, suponiendo que favorecia á la acusada, y en tanto que el obispo los desmentia con cólera, se acercó á Juana un secretario, y la presentó la pluma para firmar la retractación que no podia leer. La pobre jóven se avergonzó y sonrió de su propia ignorancia, rodando torpemente la pluma en su mano que tan bien manejaba la espada. Trazó bajo la dirección del ugiere un círculo y en medio una cruz, signo simbólico de su martirio. Despues la leyeron su sentencia de perdón, que la condenaba á pasar el resto de su vida en prisión para llorar sus pecados con el pan del dolor y el agua de la angustia.

A estas palabras, los partidarios del reinado inglés y los soldados de esta causa, engañados en su esperanza de venganza por una sentencia que parecia una cobardía, desde el momento que no daba por resultado la muerte, murmuraron, se agitaron y se amontonaron tumultuosamente alrededor del tribunal; y reuniendo las piedras y los huesos del cementerio, los tiraron al tablado contra el cardenal, el obispo y los doctores.

—Miserables sacerdotes facciosos, haceis traición al rey.

Pero los jueces para escapar de aquella granizada de piedras y para atravesar con seguridad por medio de aquella muchedumbre, decían á los mas furiosos:

—Estad tranquilos, que ya la buscaremos por otro lado.

Juana se asombraba mas que de la muerte, del odio de aquel pueblo á quien amaba tanto.

Entró de nuevo en el castillo, perseguida por las vociferaciones de la muchedumbre. Volvió á encontrar los hierros, los lazos y los ultrajes de sus enemigos.

—Los asuntos de nuestro rey van mal, dijo el comandante del castillo, Warwick; la jóven no será quemada.

La quitaron durante su sueño los vestidos de muger, que se habia puesto en señal de obediencia sobre el tablado, y se la obligó á tomar el traje de hombre que estaba al lado de su cama. Apenas hubo revestido por necesidad este traje, que querían significase el crimen y la obstinación, cuando se llamó al obispo para que la sorprendiese en reincidencia. El obispo la reprendió crudamente por su caída despues de su abjuración.

Ella protestó que no habia abjurado mas que sus pecados, y que mejor queria morir que vivir así atada á las palastras de un calabozo.

El obispo de Beauvais, convencido de la pasión de su partido por el suplicio de esta jóven, cuya existencia recordaba las derrotas de los ingleses y los crímenes de los borgeños, renunció á disputársela á Warwick. Convenció á los sabios y á los doctores de la necesidad de castigar á aquella impenitente con la muerte. Los eclesiásticos la entregaron á la justicia civil, encargada de la aplicación y ejecución de su sentencia, en la que, como Pilato, se lavaba las manos. Esta sentencia la condujo á la hoguera.

Un confesor enviado por el obispo, penetró en su prisión, y la anunció su próximo suplicio.

—¡Ay Dios mio!... exclamó estendiendo sus brazos todo lo que le permitían las cadenas, é inclinando su desmelenada cabeza; ¡es preciso tratarme tan horrible y cruelmente, que mi cuerpo limpio y puro, que jamás se vió mancillado por ninguna mancha ni corrupción, sea reducido al instante á cenizas! ¡Ay, mejor hubiera querido ser decapitada siete veces antes que quemada! ¡Apelo á Dios, soberano juez, de las injusticias y torturas que me han hecho sufrir!

El alma se adhería al cuerpo en el momento de perderle en el fuego; la vida luchaba con la fé; la muger se aparecía en el soldado.

Se la concedió como último favor la comunión de los moribundos en su calabozo. El obispo asistía entre las gentes del castillo á este sorcorro de los verdugos del alma. Ella le vió, y le dijo en tono de suave reprensión:

—¡Obispo, sois la causa de mi muerte!

Conoció tambien entre los asistentes á uno de los predicadores que la habia amonestado antes del proceso, y con el que habia contraído la familiaridad del prisionero con los que los visitan.

—¡Ay, maese Pedro! le dijo llorando, ¿dónde estará esta noche?

La devolvieron sus vestidos de muger para que fuera al suplicio. La condujeron en una carreta, entre su confesor y un ugiere.

Un monge caratativo la siguió á pie, rogando por su alma y representando la última piedad al pie del cadalso. Se llamaba Isambart. La historia conserva el nombre de los que saben amar hasta la muerte. El malvado Loiseleur, empleado por el obispo para arrancar á Juana sus secretos bajo la apariencia de la confesión, sobió antes de la marcha en la carreta para obtener de su víctima el perdón de su traición. Los mismos ingleses se amotinaron á la vista de aquel traidor, y le insultaron y amenazaron. Versatilidad natural á las masas, que quieren herir, pero no hacer traición.

—¡Oh Rouen, Rouen! decía ella lamentándose, ¿debo yo morir aquí?

Se asombraba de que el cielo la dejase morir tan jóven, antes que hubiese acabado su obra, y que toda la Francia entera estuviese purgada por ella de sus opresores; esperaba

incierta la muerte ó un milagro al pie de la hoguera.

VII.

El obispo, el inquisidor, la universidad, los doctores, la esperaban en un estrado enfrente de una montaña apisonada, cubierta de madera seca preparada para el sacrificio humano.

Cuando se detuvo el carro al pie del estrado:

—Anda en paz, Juana, la dijo en nombre de los jueces el predicador, la Iglesia no puede defenderte, te abandona al brazo secular.

Escusa cruel de los que habian declarado el crimen, y que no dejaban á otros mas que la obra material de la muerte.

Juana entonces se arrodilló sobre el carro, no para pedir perdón de la vida á los jueces que la condenaban, sino para pedir la gracia del paraíso al obispo y á los sacerdotes que la echaban al fuego. Cruzó las manos, inclinó la cabeza, y dirigiéndose con un sencillo y patético ardor ya á sus divinos protectores en el cielo, ya á sus verdugos, arrodillados sobre el cadalso, invocó su asistencia, su compasión y sus oraciones, con un acento tan tierno y con suspiros tan estremados de desgarradoras exclamaciones, que á la vista de aquella juventud, de aquella inocencia y belleza, próxima á reducirse á cenizas, y al acento de aquella queja, que parecia salir ya de las llamas, los doctores, los inquisidores y los ugieres, Winchester, el mismo obispo de Beauvais se deshicieron en lágrimas, y cierto número de ellos, no pudiendo soportar la vista de aquella figura ni el de aquella voz, se sintieron conmovidos, y se confundieron entre la muchedumbre.

La moribunda se confesó entonces en alta voz de los errores del ánimo ó de presunciones de corazón, que habia podido tener de buena fé durante su misión sobre la tierra. Sintió tal vez haber obedecido demasiado á la voz interior, obligando á su tío á llevarla á Vaucouleurs, en lugar de obedecer á la voz de su madre y el genio oscuro y tutelar del hogar. Vió lo que costaban el heroísmo y la gloria, y la casa de sus padres se le apareció en contraste con la hoguera de Rouen.

¿Se arrepintió de haberse entregado á una inspiración y una patria ingrata? Las crónicas no lo dicen; pero aquellos llantos, sus lamentaciones, su aceptación de corazón y la sublevaron de sus sentidos contra el suplicio, lo hacen suponer. Conmovió mas que si hubiera estado impasible. Era muger y fué niña á la vista del fuego; la naturaleza, la voluntad y la muerte que habian luchado en su mismo Señor en el jardín de las

Olivas, lucharon en la joven al pie del suplicio. La muchedumbre asistió al desgarramiento del cuerpo y del alma. Aquel circo estúpido y feroz tuvo el espectáculo completo de una agonía.

Por último, Juana conoció la necesidad de reponerse por la vista del símbolo del supremo sacrificio aceptado por el Hijo del Hombre para el hombre. Imploró la gracia de morir abrazando á lo menos una cruz, símbolo de la última comunión con la Iglesia que la repudiaba. Largo tiempo se hicieron sordos á esta súplica. Sin embargo, un inglés cruzó dos palos, atándolos con una cuerda, y formó una imagen grosera de cruz. La tomó, la besó, y abriendo su camisa la apretó contra su pecho, como para que penetrase mejor en su corazón la virtud de este signo.

El monje Isambart, atento á sus menores movimientos, y que vio su deseo tan mal satisfecho se atrevió á ejecutar un acto de generosa audacia, á riesgo de parecer impío, en su compasión. Corrió con un macero á una iglesia cercana de la plaza del mercado, y tomando la cruz de la parroquia la puso en manos de Juana; verdadero Simon de aquel suplicio.

Los verdugos hicieron marchar á la joven hácia el patíbulo. Su confesor subió con ella murmurando á su oído piadosas animaciones: su sangre fría no la había abandonado en su desesperación. Habiendo puesto fuego el verdugo á los extremos inferiores de la hoguera, estando atada á un poste,

—¡Jesus! exclamó, retiraos, padre mio, y cuando la llama me vaya envolviendo, elevad la cruz para que yo la vea al morir, y decidme palabras santas hasta el último.

El obispo de Beauvais, como para obtener una justificación de su sentencia por alguna acusación de la moribunda contra sí misma, se acercó á la hoguera.

—Obispo, obispo, le repitió la pobre joven, como si esta voz viniese ya del otro mundo, muero por vuestra causa.

Después, mirando á través de sus lágrimas aquella muchedumbre, ávida del suplicio de su libertadora,

—¡Oh, Rouen! dijo ella, tengo miedo de que no espíes algún día mi muerte.

Después oró en voz baja.

Un gran silencio había sucedido al tumulto de una muchedumbre agitada. Se hubiera dicho que aquel mar de hombres se callaba para oír el último suspiro de una vida que iba á fenecer. Un grito de horror y de dolor salió de la hoguera. Era que la llama impelida por el viento prendía los vestidos y los cabellos de la víctima.

—¡Aguá, agual gritó por un instinto de la naturaleza.

Después, rodeada como de un manto por las llamas, que formaban torbellinos á su alrede-

dor, no profirió mas que algunas palabras confusas y entrecortadas, entendidas solo por el confesor é Isambart, á través del chisporroteo de las ascuas. Por último, dejó caer su cabeza rodeada de llamas sobre su pecho, y dijo con una voz espirante ¡Jesus!

Ya no se oyó mas su voz y no se encontró mas que un poco de ceniza. Winchester hizo arrojar al Sena aquellas cenizas, para que nada quedase sobre la Francia del espíritu y del brazo de la joven campesina que la habían disputado á la servidumbre.

¡Se engañó: Juana de Arco había muerto; la Francia se había salvado!

VIII.

Tal fué la vida de Juana de Arco, la inspirada, la heroína y la santa del patriotismo francés, á la vez gloria, salud y vergüenza de su patria. El pueblo, para colocarla entre las mas sublimes é interesantes figuras de la historia, no tiene necesidad de aceptar las ilusiones entusiastas de la muchedumbre, ni las explicaciones de otro tiempo. El suelo oprimido trasladó su alma á una joven; su pasión por la libertad de su país la da el don de los milagros, porque la naturaleza le concede á todas las grandes pasiones desinteresadas, lanzándose desde las filas del pueblo, detenida por sus parientes, arrastrada por su decisión, acogida por la política, desplegada como una bandera por los gefes y los combatientes de una causa perdida, deificada por el vulgo, victoriosa de los enemigos, abandonada del rey, de los hombres y de su genio después de acabada su obra; odiosa á los usurpadores, vendida por la ambición, juzgada por cobardes, condenada por sus hermanos, sacrificada en holocausto á los extranjeros, se desvanece como un meteoro en un sacrificio, que parece á los unos una expiación, á los otros una asunción en la muerte. Todo parece milagro en esta vida, y sin embargo, el milagro no es ni su voz, ni su visión, ni su signo, ni su estandarte, ni su espada; es ella misma. La pureza de su sentimiento nacional es su mas segura revelación; su triunfo atestigüa en ella la energía de esta virtud; su misión no es mas que la explosión de esta fé patriótica en su vida; en ella vive y muere y se eleva á la victoria y al cielo sobre la doble llama de su entusiasmo y de su hoguera. Ángel, muger, pueblo, virgen, soldado, mártir, es el blason de la bandera de los campos, la imagen de la Francia popularizada por la belleza, salvada por la espada, sobreviviendo al martirio y divinizada por la santa superstición de la patria.

BERNARDO DE PALISSY.

«El número de mis años me ha dado atrevimiento para decir que uno de estos últimos días estaba considerando el color de mi barba, lo cual me hizo pensar en los pocos días que me faltan para concluir mi carrera, y me hizo admirar los lirios y los trigos de los campos, y muchas especies de plantas que cambian sus colores verdes en blancos, cuando están preparadas para dar sus frutos. Muchos árboles se apresuran á florecer cuando sienten que va á cesar su virtud vegetativa y natural... Es, pues, justo y razonable que cada cual se esfuerce por multiplicar el talento que ha recibido de Dios... Por cuya razón yo me he esforzado en dar á luz las cosas que Dios se ha dignado hacerme comprender, á fin de ser útil á la posteridad.»

En estos términos se espresa un pobre alfarero, llegado á los noventa años, en el prefacio de los escritos y diálogos consigo mismo, en los cuales se ocupa de su oficio, de sus miserias y de su vida, para consuelo suyo y estímulo de los demás. Parece una página de las confesiones de San Agustín ó de Juan Jacobo Rousseau; parece un filósofo, un escritor, un genio de corazón y de estilo. El escritor, el filósofo, el sabio no es mas que un obrero, envejecido entre su horno y sus pucheros y con las manos arrugadas por la arcilla que ha manejado toda su vida. Nunca se comprende mejor que estudiando á este hombre insignificante, que la grandeza no está en la condición, sino en el corazón.

II.

Se llamaba Bernardo de Palissy. Cuando joven amasaba la tierra y cocía tejas en el tejár

de su padre, en la aldea de la Chapelle-Biron, en el Perigord. Pero la pasión de hacer bien lo que se hace, que conduce al hombre reflexivo á hacer mejor lo que ve hacer, y que acaba por hacerle dueño de todos los descubrimientos en los trabajos del espíritu ó de la mano, atormentaba á aquel joven. Manejando su tierra grosera y contemplando su teja endurecida, enrojecida, trasformada en fuego del horno, pensaba en las formas, en los relieves, en las asas, en los adornos, en las figuras de los vasos, que se modelaban ya en su pensamiento, en la pasta y en el esmalte con que había de colorear un día sus obras maestras de alfarería.

El oficio de alfarero, es decir, el oficio de amasar las formas y cocer la tierra al sol ó al fuego es uno de los primeros oficios del hombre. La tierra humedecida, en que el pie deja su huella, se mostró naturalmente por sí misma, como un elemento preparado para el fuego ó la industria de los primeros habitantes del globo.

Los vasos, las copas para contener los líquidos de que necesita la sed, desde que el hombre dejó de beber en el manantial como los ganados, reemplazaron á la cavidad de la mano, que acercaba la bebida á los labios. La alfarería mas perfeccionada, destinada á la cocción de los alimentos, debió seguir de cerca á la invención del fuego. Desde la primera jarra de arcilla, ó desde la primera copa de tierra hasta la pasta coloreada de los vasos etruscos, ó las porcelanas esmaltadas de la China ó del Japon y hasta las pinturas indelebles, incrustadas por la llama en los costados de las ánforas de Sevres, se puede medir toda la inmensa escala que separa el rudo oficio del arte esquisito... La mas remota antigüedad nos manifiesta que este oficio empleaba innumerables manos. Babel era una montaña de ladrillos.

Moisés libertó á su pueblo de los egipcios porque no daban á los hebreos, condenados á este trabajo servil, toda la paja necesaria para liar los ladrillos que construían para las pirá-